

ALTERIDAD, CORPOREIDAD, PSICOAFECTIVIDAD

Carmen Pilar Nuévalos Ruiz
Universitat de València, España
Carmen.Nuevalos@uv.es

Introducción

En este trabajo partimos de una antropología humanista y unitaria. Consideramos cuatro dimensiones esenciales de la persona: biológica, psicoafectiva, sociocultural y noológica o trascendente. Reflexionamos sobre la alteridad como principio antropológico y como dinamismo fundamental que constituye y se manifiesta en todas y cada una de dichas dimensiones.

Situándonos preferentemente en el ámbito de la pedagogía y la psicología señalamos algunas importantes consecuencias que se derivan de este principio: a) la pedagogía imprime a la alteridad un carácter integral e integrador y optimizador; b) la alteridad como principio antropológico transversal, implica un "querer ontológico" que se orienta a lo positivo y a lo perfecto; su orientación es, por consiguiente, educativa; c) subrayamos la estrecha interconexión evolutiva existente entre los diferentes componentes o dimensiones de la personalidad.

1. La alteridad como dinamismo constitutivo de la persona

La Antropología Filosófica es una disciplina que se pregunta y trata de responder a la cuestión del hombre. En consecuencia, decirnos que, qué es propiamente el ser humano y cuál es el sentido de su vida, son cuestiones esenciales en esta disciplina.

La concepción antropológica más influyente en la cultura actual es sin duda, la elaborada en la modernidad. A su vez, ésta concepción es deudora en gran medida de la antropología griega, origen de la antropología filosófica.

El pensamiento moderno concibe al ser humano como conciencia individual y centrado primordialmente en la interpretación racional y científica del mundo. Es decir, la verdad de la persona humana reside en el hombre mismo como *"ego"* y cuyo rasgo principal es la racionalidad.

Las insuficiencias y pobreza de la antropología individualista, racionalista y autosuficiente propias de la modernidad han supuesto una amenaza para una dimensión esencial y constitutiva del ser humano, a saber, la relación con los demás y con el mundo —en otros términos, una amenaza contra la alteridad¹.

Charles Taylor ha denominado a este rasgo del pensamiento moderno "desvinculación"². La desvinculación significa apartarse de los demás y del mundo, y tratarlos como algo externo, como un mero objeto. El otro y el mundo no son considerados como algo que integra nuestro ser.

No parece cuestionable que "ser con los demás y para los demás" pertenece al núcleo de la existencia humana y, por tanto, que la relación interpersonal y social debe constituir y formar parte de la definición de persona. La alteridad no se limita claro es, a la interacción entre personas; lo interpersonal y lo social no es la alteridad sino que emana de ella.

Lo sustancial de la alteridad sería —creemos— la aspiración, el impulso de la persona a existir en expansión y crecer como sí mismo, pero emergiendo más allá del propio yo, es decir la aspiración al conocimiento y al despliegue de sus potencialidades propias y singulares a través de una dinámica introspectiva y a la vez, trascendente e interpersonal. Así pues, los aspectos relacionales y sociales humanos emanan directamente de la alteri-

¹ Cfr. J. Gevaert, *El Problema del Hombre: Introducción a la Antropología Filosófica*, Salamanca, Sígueme, 2003.

² Cfr. C. Taylor, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós, 1996 (trad. de A. Lizón; revisión técnica de R. A. Díez).

dad, y ello implica, a su vez, el papel capital que desempeña el medio humano social para propiciar la actualización y el desarrollo humanos.

Diferentes pensadores han considerado que la alteridad es, no sólo una dimensión más de la persona, sino la motivación fundamental de su comportamiento. La denominación de este concepto, o conceptos semejantes, ha sido también variada: intencionalidad (Husserl), trascendencia (Heidegger), capacidad de apertura al mundo (Scheler), etc. Estos son sólo algunos ejemplos dentro de la Antropología Filosófica.

En nuestra reflexión partimos de una concepción antropológica que atiende a cuatro dimensiones: biológica, psicoafectiva, sociocultural y noológica-trascendente. Atendiendo a la persona en su totalidad la alteridad debería ser considerada, no tanto como característica o rasgo, sino como dinamismo, que atraviesa, constituye y se pone de manifiesto en todas y cada una de las diferentes dimensiones de la persona; siendo, no obstante, la conciencia o dimensión noológica la sede por excelencia de este dinamismo, que se presenta como elemento con capacidad de unificar y generar una visión integral de lo humano.

2. La alteridad como “querer ontológico”

2.1. El enfoque integral y optimizador de la antropología pedagógica:

Para la Antropología de la Educación la pregunta sobre cómo es el hombre es esencial, sin embargo el conocimiento de lo humano no es su meta última. Cualquier rama de la pedagogía aspira a saber más sobre lo humano, pero siempre con vistas a mejorarlo. Es por ello que la antropología pedagógica imprime al proceso de humanización, el rasgo de ser un proceso optimizador. En otros términos “el rasgo ideal de mirar hacia la posibilidades y la vivencia de los valores”. La Educación en este sentido es un proceso de desarrollo y perfeccionamiento.

Además —y a diferencia de otros campos científicos que se centran en un aspecto determinado del desarrollo humano—, un rasgo que define el campo antropológico de la Educación es que sus intereses se dirigen a la

persona en su totalidad, porque su visión de lo humano es integral e integradora. Como afirma Petra M. Pérez Alonso-Geta,

una de las prioridades que fundamenta la Antropología de la Educación es la preocupación por la búsqueda de una imagen unitaria del ser humano, siempre en proceso de búsqueda, que se apoya en las aportaciones de las ciencias que tienen que ver con el ser humano. Una imagen unitaria que implica, por otro lado una "unidad funcional" que sin embargo, no presupone homogeneidad.³

Por consiguiente la vivencia y, como se viene diciendo, la Educación, es un proceso axiológico, es decir de optimización y desarrollo integral.

Lo humano supone, entonces, una alianza entre dimensiones que son diferentes e incluso contrapuestas, pero también un logro único alentado por algún misterioso dinamismo que se presenta como elemento unificador y es potencialmente capaz de lograr la armonía, complementariedad y funcionalidad dentro de la diversidad.

Proponemos que es precisamente la alteridad el dinamismo esencial de la condición humana que le imprime a ésta su carácter de posibilidad de sociabilidad, trascendencia y crecimiento integral, pero también de necesidad y vulnerabilidad. Ya que el ser humano no puede aprender todo lo que necesita por la experiencia individual. Por ello en este proceso de adquisición juega un papel capital la Educación.

La configuración del ser humano y la construcción humana valiosa sólo es posible con el decurso de cultura y educación. El ser humano por la apertura inteligente que posibilita su potente cerebro, es el "el educable". Ser educable que, al mismo tiempo, necesita educarse contando con la cultura.⁴

Ser educable, por tanto, es un rasgo esencial y genuino de la persona humana que guarda una íntima, sino la más íntima relación con la capacidad y la necesidad de la persona para la alteridad.

Podemos ver, pues, la alteridad como impulso esencial que "contiene" y "es contenido" por todas las dimensiones de la persona, que activa y es activado en todas ellas. Considerando este impulso primordial como funda-

³ Petra M. Pérez Alonso-Geta, *El brillante aprendiz. Antropología de la Educación*, Barcelona, Ariel, 2007, p. 97.

⁴ *Ibidem*, p. 41.

mento de la persona y componente esencial de todas y cada una de sus dimensiones —biológica, psicoemocional, sociocultural y trascendente— hemos querido denominar a este impulso vital y antropológicamente transversal “querer ontológico”.

Es decir, lo propio, lo más genuino de la existencia humana es que tiende siempre más allá de sí misma, más allá de lo dado por la biología, a la búsqueda de algún modo de bien para sí mismo, para otros, para el mundo, a la realización de unos valores, a un encuentro interpersonal significativa. En definitiva tiende a la consecución de alguna meta o al cumplimiento de un sentido...; en cualquier caso, una dinámica que tiene que ver con alguna manifestación de la alteridad.

2. 2. Lo positivo de la naturaleza profunda de la persona

Entendemos que una importante consecuencia antropológica que se sigue de un modelo humano, fundamentado y constituido por y para la alteridad, es la naturaleza positiva del fondo de la personalidad. El ser humano estaría orientado en su ser más íntimo a la búsqueda y promoción del bien propio y el de los demás. En otros términos, lo positivo de la naturaleza profunda del hombre, se seguiría de una antropología atravesada por la alteridad. Podemos decir, por tanto, que la persona está orientada o impulsada desde el corazón de su conciencia hacia un proceso perfectivo, es decir hacia la educación.

De ello se deriva que, de modo muy especial desde la pedagogía, la alteridad bien puede ser entendida como la “disposición a aprender” y, por consiguiente, a participar de un proceso evolutivo y perfectivo o, lo que es lo mismo, “educativo”.

En coherencia con este principio antropológico Carl Rogers afirmaba que uno de los conceptos más revolucionarios que se desprenden de su experiencia clínica es el reconocimiento de que la esencia más íntima de la naturaleza humana, los estratos más profundos de su personalidad, la base de su naturaleza, son positivos, orientados hacia el progreso, racionales y realistas.

Otro ejemplo paradigmático es Maslow. Él defiende que existe una parte innata en el ser humano que es positiva, autónoma, no conflictiva, esencialmente apacible y sólida, estable en sí misma. Esta zona sería incompatible con los conflictos, complejos, falsedades etc.; y sería libre tanto de los impulsos instintivos, como de la influencia social.

Cuanto más conoce uno su propia naturaleza, sus deseos íntimos, su temperamento y constitución, lo que busca y anhela, lo que realmente le satisface, tanto más fáciles, automáticas y epifenomenales son sus elecciones de valor... ¡Llega a ser lo que eres!⁵

La logoterapia de Victor Frankl es también una teoría emblemática de la postura que asume esta visión antropológica positiva. Frankl defiende en concreto la existencia de un inconsciente moral y espiritual, además de un inconsciente instintivo y afirma al respecto:

Conocemos y reconocemos no solo un inconsciente instintivo sino también un inconsciente espiritual y consideramos éste como el fundamento sustentador de toda espiritualidad consciente...⁶

Este concepto es, sin duda, una de las principales aportaciones de este autor a la antropología psicológica e incluso, al pensamiento moderno. En definitiva Víctor Frankl expone una *antropología a la vez profunda y elevada* en la que el motivo último y más radical de todo ser humano no es el placer, ni el poder, ni tampoco evitar el sufrimiento o lograr una adaptación social; su motivación básica y principal es la "voluntad de sentido". Éste es un deseo originario del que se derivan otros. Lo que el hombre busca realmente —o, al menos, originariamente— es el cumplimiento del sentido y la realización de valores. Además, este impulso existencial y primerísimo, emerge de la dimensión noológica o espiritual.

Es de importancia para el tema que nos ocupa señalar que Frankl considera que la dimensión noológica es la que garantiza y constituye la unidad estrechísima, la inseparabilidad de cuerpo y psique, y es también la que permite y facilita la plenitud existencial. Dicha plenitud significa, para él, la

⁵ A. Maslow, 1994 (5ª ED.). *La personalidad creadora*. Barcelona, Kairós, 1994⁵, pp. 141s.

⁶ V. Frankl, *El hombre en busca de sentido último*, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 82-87).

integración de lo somático, lo psíquico y lo espiritual. El espíritu es, en definitiva, para este autor, la persona misma; es también su núcleo saludable y el área privilegiada de su libertad.

Deseamos completar esta idea subrayando que, tal como lo entendemos, el ser humano nace, sin duda, con una fuerte aspiración a existir en continuo desarrollo y a la realización de valores. Sin embargo, este fondo habitado por un "querer ontológico" positivo y natural de la personalidad (pero a veces latente y no claramente manifiesto), sólo se pondrá de manifiesto si un entorno favorable le permite desarrollar positivamente ese potencial; y si, en su libertad, la persona consiente en activar y favorecer el desarrollo de ese potencial.

3. Desarrollo biopsíquico y alteridad

3. 1. La alteridad en el desarrollo biopsíquico

Las ciencias psicopedagógicas se plantean cada día más interrogantes acerca de las relaciones entre cuerpo y psique, así como el papel que juegan las relaciones interpersonales en la génesis, constitución y evolución del yo. Pero, ¿hasta qué punto el desarrollo psíquico y el corporal suponen una interacción conjunta que pone de manifiesto la alteridad como dimensión esencial del sujeto humano?

De hecho, nuevos descubrimientos en el campo de la psicología confirman que las primeras experiencias y protovivencias del ser humano que permiten el desarrollo de la conciencia tienen lugar en la interacción con los demás y, en concreto, con la madre. Es decir, el origen y desarrollo de la conciencia individual está, no sólo vinculado, sino en total dependencia a la experiencia del otro, a la identificación con el otro y a su diferencia.

Daniel Stern, destacado psiquiatra de niños, centra gran parte de sus investigaciones en estudiar el proceso por el que los infantes crean un sentido de sí-mismo y de sus relaciones interpersonales. Este psiquiatra afirma que la experiencia social no es reductible a la experiencia personal —y viceversa—; pero tampoco son separables porque no es posible crear un sentido

de sí-mismo independiente de las relaciones interpersonales, ni tampoco un sentido social sin una mínima percepción de sí mismo:

Los más importantes cambios evolutivos de la experiencia social se atribuyen aquí a la adquisición por el infante de nuevos sentidos de sí mismo... El sentido del sí mismo sirve como perspectiva subjetiva primaria que organiza la experiencia social...⁷

Por su parte, una de las ideas fundamentales defendidas por el célebre psiquiatra Donald Winnicott se refiere a su defensa de la unidad constituida por la madre y el bebé y, por otro lado, de la mente y el cuerpo⁸

Como expresa Gevaert, "antes de relacionarse con el mundo, el sujeto se relaciona con el tú"⁹. Sin duda tomar conciencia de la existencia del otro, igual y diferente al sí mismo, es un factor o el factor fundamental para el inicio de la configuración del yo como diferente e igual a otros.

3. 2. ¿Protoexperiencias biopsíquicas de alteridad?

Tradicionalmente se ha considerado que la vida mental y emocional empieza con el nacimiento o, incluso, mucho tiempo después del nacimiento. Por ello, hasta hace poco tiempo el estudio psíquico y comportamental se ha limitado a la vida postnatal. Estos planteamientos han puesto unos límites a la comprensión del desarrollo psíquico que, sin duda, han tenido influencia en el modo de entender la psico-afectividad humana. Y, en definitiva, el modo de entender a la persona.

Sin embargo, cada vez disponemos de más y más sorprendente información que confirma la idea de que la vida intrauterina y la primera infancia constituyen una continuidad menos interrumpida de lo que el parto nos hace suponer; y, además, que confirma que las primeras experiencias o protoexperiencias psíquicas, así como la evolución del proceso de individuación, están íntima y profundamente vinculadas a relaciones de alteridad.

⁷ Daniel N. Stern, *El mundo interpersonal del infante. Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 26.

⁸ Cfr. Donald W., Winnicott, *Los bebés y sus madres*. Barcelona, Paidós, 1990.

⁹ J. Gevaert, *op. cit.*, p. 38.

Raskowsky ha sido un psicoanalista pionero en el estudio de la psicología prenatal. En su libro *El psiquismo fetal*, defiende decididamente la existencia de vivencias psíquicas anteriores al nacimiento, así como la imposibilidad de separar la evolución biológica del desarrollo y la organización psíquica¹⁰.

En todo caso y, lo que sí parece claro, es que el feto inicia su relación con el mundo externo a través de los sonidos. Más concretamente y durante la vida intrauterina, el mensaje de alteridad de la madre y del mundo exterior alcanza al feto a través de la voz materna. Sabemos que, a partir del quinto mes de gestación, el oído del feto está capacitado para percibir las frecuencias correspondientes a la voz materna. En definitiva, a través del sonido que le llega al feto con la voz materna, el futuro bebé tiene las primeras experiencias de alteridad, de relación con alguien que no es él mismo.

Stern también analiza los vínculos biopsíquicos existentes en el bebé y su necesaria acción conjunta a la hora de capacitarlo para su relación y conocimiento del entorno. Concretamente expone las semejanzas que él halla entre el entorno y las primeras vivencias del bebé con el mundo de la música. Y señala que las formas del tiempo y de la música comparten determinadas características fundamentales con las interacciones no verbales que componen nuestras relaciones afectivas más tempranas¹¹.

Maiello, también psiquiatra especialista en niños, admite, por su parte, que "el feto no sólo oye la voz de su madre sino que además la escucha". Esto nos llevaría a pensar que, incluso en la identificación sustancial de continente y contenido, los momentos en que la voz que le anima se calla hacen vivir al feto una protoexperiencia de ausencia, de pérdida, de falta. La falta genera deseo. Cuando se desea algo, ya se tiene un esbozo de conciencia del "otro", de un "otro que no soy yo". Llegados a este punto, el oído del niño que escucha empezaría a diferenciarse en la unión sonora primordial.

¹⁰ Cfr. A. Rascovsky, *El psiquismo fetal*, Buenos Aires, Paidós, 1977².

¹¹ Claudine Geissmann / Didier Houzel (eds.), *El niño sus padres y el psicoanalista*. Madrid, Síntesis, 2000, p. 431.

Podría existir ya cierta diferenciación y distanciamiento entre la voz y el oído y el germen de la consciencia de un tú que habla distinto del yo que escucha, y por lo tanto, el germen de una experiencia de encuentro y de relación. La voz materna podría entonces considerarse como la materia prima para la formación de un protoobjeto...¹²

Recientemente, la vida intrauterina del niño ha podido ser estudiada gracias a técnicas no intrusivas que permiten observar el comportamiento espontáneo del feto en su medio natural. Al respecto existe un estudio apasionante llevado a cabo por Alexandra Piontelli que pone de manifiesto la existencia de esta extraordinaria continuidad entre la vida pre y postnatal en el proceso de individuación, es decir en el origen y la evolución de la personalidad. Su estudio consistió en una serie de observaciones de fetos. Piontelli partía de la hipótesis de que es posible predecir en cierta manera el temperamento futuro del recién nacido y, posteriormente, del niño, a partir de la observación del comportamiento fetal.

Tras el periodo de observación prenatal y unos años después, la autora extrae algunas impresiones que, aunque no considera concluyentes dada la escasez numérica de la muestra, sí considera que sientan un precedente digno de ser tenido en cuenta en posteriores estudios. Al respecto afirma:

El dato más llamativo que pude obtener de estas primeras observaciones en embarazos individuales fue, sin duda, el de la impresionante continuidad en el comportamiento, tanto antes como después del parto. En otras palabras, el comportamiento corporal de los fetos anticipa el temperamento relacional y emocional del futuro bebé y, posteriormente del niño.¹³

A la vista de los estudios citados cabe destacar en este apartado las estrechas relaciones que en el ámbito psicológico se desvelan progresivamente más entre diferentes componentes de la personalidad humana. No es posible separar cuerpo, elementos emotivos y elementos cognitivos, y es importante por ello adoptar enfoques que atendiendo a las características propias de cada componente antropológico, sin embargo atiendan a la globalidad y a las interacciones y vínculos existentes entre dichos componentes.

¹² *Ibidem*, p. 438.

¹³ *Ibidem*, p. 454.

Conclusiones

En nuestra reflexión hemos planteado que la alteridad es un principio antropológico que constituye y se manifiesta en todas y cada una de las dimensiones que constituyen a la persona. Por otro lado, hemos defendido que la alteridad imprime a la antropología un sello optimista y permite una visión unitaria del ser humano. Subrayamos que ambos rasgos fundamentan de modo singular la tarea psicopedagógica.

Entendemos como conclusión de nuestras reflexiones que, precisamente, un rasgo genuinamente antropológico es que los cimientos del ser humano le impulsan originariamente hacia la vivencia de valores. Sin embargo, la afirmación de lo positivo del fondo de la naturaleza humana no excluye la constatación de sus límites, su vulnerabilidad y la necesaria vigilancia que resulta de ello. En otros términos, el hombre existe constitutivamente con los demás, está orientado hacia los otros, y junto con los otros, sólo puede vivir su vida y crecimiento en interdependencia con los demás. Por ello, la alteridad pone también de manifiesto la naturaleza no auto-suficiente de la persona, su dependencia. Es decir, el hecho de que su expansión y crecimiento se realice necesariamente en relación con los otros, hace presente su vulnerabilidad, su debilidad y su necesidad.

Por último, hemos visto cómo las diferentes áreas o campos científicos se enfrentan cada día más a descubrimientos que sugieren, cuando no muestran con claridad, profundos vínculos e interconexiones entre las diferentes dimensiones de la persona, de la vida y de la realidad. Hemos ilustrado nuestras reflexiones con ejemplos que ponen en evidencia cómo la evolución de la mente y la psicoafectividad no es independiente del desarrollo biológico, no cabe la disociación; pero, además, en todo momento y modo de dicha evolución el desarrollo de la persona se halla íntimamente ligado a la interacción socioafectiva; en definitiva, a la corporeidad y a la alteridad.

Desde la psicopedagogía creemos que necesitamos trabajar en el desarrollo de enfoques antropológicos que nos permitan estudiar la condición humana desde puntos de vista lo suficientemente elevados y a la vez pro-

fundos como para captar el paisaje humano en su unidad, en su enigmática hondura y para ver también sus límites.

Otras referencias bibliográficas

BAYÉS, Ramón, *Psicología del sufrimiento y de la muerte*, Barcelona, Martínez-Roca, 2001.

COLL ESPINOSA, Francisco J. (ed.), *Arteterapia. Dinámicas entre creación y procesos terapéuticos*, Murcia, Universidad de Murcia, 2006.

FRANKL, Victor, *Psicoterapia y existencialismo*, Barcelona, Herder, 2001.

— *En el principio era el sentido. Reflexiones en torno al ser humano*,. Barcelona, Paidós, 2002.

REALE, Giovanni / ANTISERI, Dario, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, vol. III: *Del romanticismo hasta hoy*, Barcelona, Herder, 1992.

MANEM, Max Van, *Investigación educativa y experiencia vivida*, Barcelona, Idea Educación, 2003.

MORÍN, Edgar, *La complejidad del pensamiento complejo*, Cairos, Barcelona, 1987.

— *El hombre y la muerte*, Barcelona, Cairos, 1974.

MONEDERO, Carmelo, *Antropología y Psicología*, Madrid, Pirámide, 1995